



“Explicaciones del conservadurismo”

p. 73-83

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie de Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Los reaccionarios que al fin son mexicanos (citado por Gastón García Cantú).

BENITO JUÁREZ





EXPLICACIONES DEL CONSERVADURISMO

Muchos fueron los libros elaborados por los conservadores, para tratar de justificar su comportamiento como colaboradores de la intervención francesa y del Imperio de Maximiliano. El mejor alegato en defensa del conservadurismo fue hecho por Francisco de Paula de Arrangoiz, * autor de dos trabajos fundamentales para el conocimiento de la época: *Apuntes para la historia del Segundo Imperio Mexicano* y *México desde 1808 hasta 1867*.

Lucas Alamán ejerció sobre don Francisco de Paula una influencia tan considerable, que al analizar la obra del segundo, precisa estudiar el método histórico y la ideología de quien en cierta manera fue su inspirador y maestro.

Es una opinión generalmente aceptada por los hombres de casi todas las tendencias políticas, el reconocimiento de la sólida cultura de Alamán y de la severa disciplina científica a que estuvieron sujetas sus investigaciones históricas. Es indudable también que escribió impulsado por una preocupación política y que sus pasiones ensombrecieron una gran parte de su obra escrita. Pero resulta curioso ver cómo hasta los mismos hombres de criterio opuesto al de Alamán, han reconocido en él cualidades de primer orden. Hablando de don Lucas, Justo Sierra decía.

Alamán que con tanta parcialidad a veces, y a veces con superior instinto político y siempre en noble estilo, había de ser el historiador, necesariamente discutido, pero justamente respetado de aquellas épocas confusas.

Arturo Arnáiz y Freg que ha sido uno de los hombres que más han penetrado en la psicología del insigne retrógrado se expresaba de Alamán diciendo: “Trabajó con profundidad en las bibliotecas y en los archivos; pero como sucede siempre que se llevan tesis preconcebidas, sólo encontró lo que buscaba.” Pero es el mismo autor el que sostiene: “como expositor claro y a veces muy brillante, logró capítulos enteros, en los que se mantiene serenamente reflexivo y domina la pasión”...

* Se reproduce este juicio de Arrangoiz por cortesía de la casa Porrúa. Para mayor conocimiento del asunto, consultar el prólogo que hice al libro *México desde 1808 hasta 1867* de Francisco de Paula de Arrangoiz. México, Edit. Porrúa, 1968.

Multitud de factores coadyuvaron al buen resultado de las investigaciones históricas de Alamán. Tenía un conocimiento muy profundo de las lenguas muertas y modernas. No fue sólo sensible al arte, sino que tuvo una sólida preparación en varias disciplinas científicas. Entre los literatos de su tiempo es uno de los que manejaron con mayor elegancia el castellano. Decía despreciar la *Filosofía de la ilustración*, pero el influjo de Voltaire en él fue indudable. Examínese con cuidado el v tomo de la *Historia de México* de Alamán, y se verá que la influencia del método histórico de *El siglo de Luis XIV* sobre la referida obra, es evidente. Pero además respiró la atmósfera historiográfica de la Europa de su tiempo. Su vocación por la historia no fue el fruto de una improvisación. Cuando Alamán tomó la pluma para hablar del pasado de su patria, durante varios lustros había estudiado la historia nacional.

Ahora bien, es indudable que Arrangoiz sintió siempre una profunda admiración por Alamán, pero no fue un fiel discípulo ni tenía sus cualidades intelectuales. Resultó muy cómodo para don Francisco de Paula, hojear algunas páginas del primer tomo de la *Historia de México* y encontrar allí los elementos para hablar un poco del periodo colonial y los antecedentes de la Independencia. Ni siquiera quiso hacer un estudio serio sobre las *Disertaciones* aunque de éstas tomó algunos datos para hacer la historia de algunos gobernantes del periodo colonial. No ocultó desde luego que seguía y transcribía a don Lucas. Le parecía muy cómodo el procedimiento de entrecomillar grandes párrafos para rehuir el análisis y para evitarse el trabajo de hacer una obra de verdadera síntesis. De cuando en cuando disiente de Alamán y desde luego que la selección de párrafos es bastante arbitraria. Si se quisiese conocer el pensamiento de Alamán a fondo, siguiendo a Arrangoiz, tal propósito sería imposible. Le falta a Arrangoiz ese “sentido de grandeza” que tanto palpita a lo largo de la obra de don Lucas. Además declaraba el mismo autor de *México desde 1808 hasta 1867*, que la parte que le tocaba destacar era la relativa al Segundo Imperio. ¿Cómo cumplió Arrangoiz su tarea como expositor de este periodo histórico? Indiscutiblemente que en muchos aspectos imita a Lucas Alamán. Siguió su procedimiento en lo que se refiere a la forma de hacer índices, el uso de apostillas, el empleo de apéndices para transcribir documentos. Pero careció de su serie-

dad científica, del espíritu de análisis y la vocación histórica sostenida a lo largo de varios lustros.

Un gran defecto de Arrangoiz: hace tabla rasa de la historiografía de criterio republicano y escribe como si los defensores de la República no hubiesen dejado un testimonio digno de ser consultado.

En la época en que escribió Arrangoiz no habían aparecido las obras clásicas de ciertos escritores franceses como Pierre de la Gorce, Gustave Léon Niox, Emmanuel Masseras, Charles Blanchot, Paul Gaulot, Pierre de Lano y Émile Ollivier. Pero sí se habían ya publicado varias decenas de obras sobre la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.

No efectuó Arrangoiz un estudio sistemático de las principales obras escritas en su tiempo sobre la intervención y el Imperio, pero profundizó en algunos trabajos extranjeros como los de Samuel Basch, Emmanuel Domenech, Léonce Detroyat, Emile Kératry y Eugène Lefèvre.

De la numerosa bibliografía mexicana escrita con criterio conservador parece haber manejado un caudal considerable. En lo que demuestra estar bien interiorizado es en el conocimiento de la hemerografía de su tiempo. Dada su calidad de representante diplomático de Maximiliano en Londres, Bélgica y Holanda es seguro que manejó multitud de periódicos europeos de la época. Por otra parte, la simple lectura de su obra permite apreciar que tuvo en sus manos una gran cantidad de diarios escritos en México favorables y desfavorables a Maximiliano.

Por grandes que hubiesen sido los defectos de Arrangoiz en lo que se refiere a la selección del material histórico, es indudable que en la época que se propuso investigar, manejó fuentes de primer orden y recogió datos de la más alta importancia. Abogado del conservadurismo, trató de hacer la defensa de los suyos, pero no siempre estuvo a la altura de sus propósitos. Es indudable que sin desconocer las limitaciones de Arrangoiz, precisa confesar que su obra constituye uno de los alegatos de mayor fuerza, para tratar de defender la conducta de los conservadores durante la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. En algún otro libro el autor de este trabajo ha expresado que a la distancia de cien años de la fecha en que tuvieron lugar los acontecimientos que vamos narrando, todavía es muy común ver en algunas historias, cómo se sigue juzgando a los

intervencionistas con un odio, un rencor y una inquina que no tienen justificación. Fueron ciertamente esos políticos autores de un delito contra la soberanía y la independencia de México, pero los jueces al examinar los cargos inician las deliberaciones con el propósito de condenarlos sin apelación. No se les permite hacer su defensa ni se les escucha, no se intenta explicarlos, ni se aspira a seguirlos por los senderos de su vida pública, tratando de comprender con exactitud los móviles que inspiraron sus actos. Es por esto que guiado por un espíritu de justicia, en las páginas siguientes, estudiaré el punto de vista de uno de los hombres que más contribuyeron al establecimiento del Imperio de Maximiliano, tratando de lograr la mayor ecuanimidad posible.

Indignaba a Arrangoiz que ya bajo el reinado de Maximiliano se ejecutase a guerrilleros republicanos sin someterlos a Consejo de Guerra. ¿Pero no se había procedido en la misma forma bajo el mando de Forey y de Bazaine antes de la llegada del archiduque, sin que protestaran los conservadores?

Sublevaba también al autor de *México desde 1808 hasta 1867*, la preferencia que sentía Maximiliano por los extranjeros. No confiaba en los mexicanos, pero en cierta manera tenía razón. ¿Cómo podía confiar en aquellos mexicanos que no habían confiado en sí mismos y que habían llegado a abdicar ante él su voluntad, convirtiéndolo en un autócrata o facilitándole todo lo necesario para que lo fuese? Basta leer los escritos de Gutiérrez de Estrada, de Hidalgo, de Labastida para darse cuenta hasta qué grado esos hombres habían perdido la fe en sus propias fuerzas y en México. En cuanto a los otros, los que sí creían en sí mismos y en México, defendían con heroísmo la independencia y la dignidad nacionales y no estaban dispuestos a someterse al imperio.

Tomando en cuenta la manera de pensar de Maximiliano, no debe por tanto extrañar que a su gabinete integrado de extranjeros, le haya dado una autoridad política superior a la que gozaba su ministerio formado por mexicanos.

Maximiliano era también congruente con sus ideas liberales. Es injusto el reproche que se le ha hecho, diciendo que en punto a cuestiones religiosas era un dócil instrumento de Napoleón. Una cosa es que hubiera habido identidad de principios entre Maximiliano y Napoleón, y otra que el archiduque hubiese estado dispuesto a ser un lacayo del emperador de los franceses.

Es innegable que dueño ya Maximiliano del poder, hizo cuanto pudo por atraerse a los liberales y repudiar a los conservadores. Bien pronto hombres como Labastida, Gutiérrez de Estrada y Arrangoiz pudieron comprobar que el gobierno imperial, pretendía llevar la reforma más allá de donde la había llevado el gobierno de Juárez. No era inexacta la apreciación que sostenía “que los auxiliares resultaban más herejes que los rojos”.

Muchos son los cargos que formula Arrangoiz contra Maximiliano, algunos están sólidamente fundamentados, pero en no pocas ocasiones procede con extrema severidad. Lo condena por no haber logrado pacificar al país y obtenido la creación de un ejército nacional. Examina también la historia administrativa del Imperio, no escatimándole reproches, algunos de los cuales podían ser enderezados contra los conservadores y contra el propio Arrangoiz.

La verdad es que tanto la historia militar del Imperio, como su historia administrativa constituyen aún dos grandes temas no suficientemente explorados, que dan materia para muy serias investigaciones. El estudio de las relaciones entre el mariscal Bazaine y Maximiliano, pese a todo lo que se ha publicado, presenta lagunas que deben ser llenadas no con sentimientos ni prejuicios, sino con la más sólida erudición.

Fiel a su conservadurismo censura Arrangoiz en Maximiliano, sus tentativas innovadoras. El Estatuto del Imperio, las disposiciones legislativas, los planes de colonización, la organización de la gendarmería, la división territorial en departamentos, todo fue objeto de los más duros reproches. Pero donde Arrangoiz muestra la mayor injusticia es al examinar el problema hacendario.

Habla Arrangoiz de los funcionarios franceses que fueron incompetentes para nivelar la hacienda. Censura también a mexicanos como José María Lacunza. Hablando de este último señala que no estudió a fondo las cuestiones hacendistas del periodo colonial, luminosamente explicadas según él por don Lucas Alamán. Pero no quiso don Francisco de Paula reflexionar que él mismo, debía tener la suficiente autocrítica para confesarse hasta cierto punto responsable de aquella situación.

Don José María Iglesias en una de sus *Revistas Históricas* declaraba que Arrangoiz sostenía que los ingresos de México eran de cincuenta millones. Y Napoleón que lo creyó, estaba

persuadido de que el país podría cubrir sus gastos con sólo veinte. ¿No contribuyó entonces Arrangoiz a difundir la leyenda de un México dotado de riqueza fabulosa? ¿Acaso el emperador de los franceses habría movido su ejército para comprometerlo en una aventura ultramarina, si hubiera tenido la noción correcta de la pobreza del país? ¿Era inexacto el cargo que le hacía Iglesias, de tratar de presentar a los ojos de Napoleón un cuadro demasiado color de rosa? En todo caso tuvo Arrangoiz 17 años para responder, y que yo sepa nunca se dignó hacerlo.

La hacienda mexicana estaba condenada a no nivelarse durante muchos lustros. El hombre que en 1894 iba a lograr para México su primer superávit, se llamaba José Yves Limantour y apenas tenía 11 años de edad, en el momento en que Lacunza se batía desesperado buscando una solución a un problema financiero.

Pensar que Maximiliano no sintió amor a México, sería incurrir en una deformación histórica. Carecía de motivos para no quererlo. A pesar de haber nacido en un país de invierno riguroso, le era desagradable el frío y en cambio lo embriagaban la vegetación y el clima tropicales. Dispuso a voluntad de un sueldo elevadísimo que él mismo se asignó. Fue en cierta manera un soberano absoluto y como tal dictó leyes sin sentirse responsable ante nadie de sus actos. Gozó siempre de una popularidad indiscutible porque no puede negarse que una gran parte del país se sintió magnetizada por el exterior del príncipe, en quien veían sólo sus maneras distinguidas y su porte indiscutiblemente regio.

La correspondencia de Maximiliano no muestra palabras despectivas con respecto a México como sí las hay en algunas de las cartas de Carlota. No creía ciertamente el archiduque en la capacidad política de los mexicanos, los consideraba como seres desvalidos necesitados de protección.

Ahora bien, al ofrecérsele el trono de México, Maximiliano era un noble arruinado, sin más fortuna que un castillo posiblemente “acribillado de hipotecas”. Cuando el archiduque pasó a un escenario que consideró más digno de su grandeza, que la modesta condición que tenía en Miramar, siguió conservando la esperanza de ceñirse algún día la corona de Austria. Pero el hecho de que haya tenido esa ambición no quiere decir que no se hubiese entregado con amor a la causa de México en la medida de que él era capaz. No tratemos a un siglo de distancia

de señalarle deberes, aspiremos a comprenderlo. Que Maximiliano engañó a los conservadores, esto es indudable, pero los conservadores también se engañaron a sí mismos al escogerlo dos veces como caudillo. Parecía que uno y otros trataban de acumular la mayor cantidad de desaciertos posibles.

Cuando en el otoño de 1866, se sabía de una manera perfectamente clara el propósito de Napoleón para abandonar lo antes posible la cuestión mexicana, los conservadores se unieron en torno a Maximiliano ofreciéndole armas y dinero. A punto de ser abandonado definitivamente por los franceses; sin contar ya con algunos liberales moderados era un gran desacierto aliarse con un grupo por el cual sentía una antipatía que no tuvo siquiera el cuidado de ocultar. Les entregó una parte del poder, pero en sus cartas íntimas dirigidas a sus amigos, Maximiliano se expresó de sus aliados en los términos más injustos. Las frases empleadas por Arrangoiz para condenar la perfidia y la maldad de Maximiliano hacia los conservadores, están plenamente justificadas. Pero no se puede decir lo mismo con respecto a su opinión sobre los liberales moderados. Censura a éstos de no haber acompañado a Maximiliano en las horas supremas del infortunio. Hombres como José Fernando Ramírez y Pedro Escudero y Echánove no cometieron propiamente una defección. Ciertamente se retiraron en el momento en que el Imperio declinaba, pero habían colaborado con Maximiliano mientras éste seguía una conducta liberal; no tenían la obligación de acompañarlo en el momento en que el emperador se colocaba bajo la protección del conservadurismo. Además, insistieron en la necesidad de que Maximiliano abdicara, y tuvieron la lealtad suficiente para presentarse ante él y sugerírselo. Pero éste dominado por sus contradicciones, si bien les reconoció una parte de razón, continuó fiel a su propósito de no soltar el cetro.

Maximiliano declaró que no se quedaba para defender sus intereses personales, sino para luchar por la paz y la prosperidad de México. Tenía el propósito de crear un Congreso, pero no dio un paso serio para su integración. Además, los conservadores no creían en tal Congreso.

Aquel hombre que con tanta claridad había examinado la crisis de su momento, pudo haber consumado la acción más noble de su vida, entregando el poder a Juárez y negociando una paz honrosa en favor de los que lo habían acompañado en su aventura; pero se sobrepuso en él la ambición a la cordura.

Se ha dicho que los conservadores lo precipitaron a su ruina. Pero debe meditarse hasta qué grado es aceptable semejante afirmación. Nunca debe olvidarse que las incongruencias de Maximiliano contribuyeron, más que ninguna otra causa, a precipitarlo en el plano inclinado de la catástrofe que culminó con el drama de Querétaro.

Enterado don Teodosio Lares y el consejo de ministros de la carta de Maximiliano, procedieron a reunirse. Tanta impresión produjo en ellos el pensamiento del archiduque y la grave situación del momento, que su primera reacción fue en el sentido de renunciar a sus funciones. Pero meditaron en seguida en las consecuencias de su actitud y procedieron a buscar una solución que hiciera posible un entendimiento con los republicanos.

Lares procedió a contestar a Maximiliano el diez de febrero. Aconsejaba la continuación de la lucha militar como preámbulo para entrar en el camino de las negociaciones con el enemigo. Mas para “evitar las calamidades de un sitio y los horrores de la guerra” a la ciudad de México, sugería que Maximiliano marchase a una plaza como Querétaro. Allí se concentraría el mayor número de fuerzas regulares. Debía el emperador asumir el mando del ejército para evitar rencillas entre sus generales.

Según Lares, el único objeto de la lucha era producir en el gobierno republicano la impresión de que las fuerzas imperiales podían todavía presentar una seria resistencia. Partía sin embargo, de la base de que Juárez no aceptaría de ninguna manera, que se discutieran sus títulos legales como presidente de la República.

Maximiliano marchó a Querétaro, pero no dispuesto a poner en práctica las sugerencias de Lares, para un posible entendimiento con el gobierno republicano, sino con el firme propósito de no soltar el cetro, por lo menos mientras estuviera vivo y no se encontrase prisionero de sus adversarios. El 19 de febrero llegaba Maximiliano a la ciudad que iba a ser la tumba de sus ensueños.

La narración de los sucesos de Querétaro constituye la parte más complicada de la historia del imperio, y si bien es verdad que Arrangoiz no salió muy airoso en su empresa, también no es menos cierto que la crítica histórica muy poco ha adelantado al respecto en los últimos cien años.

Ahora bien si en Arrangoiz tenemos un defensor inflexible de las ideas conservadoras, en cambio en José Luis Blasio podemos percibir al cortesano fiel a Maximiliano, pero cuyos juicios



EXPLICACIONES DEL CONSERVADURISMO

son necesarios para percibir multitud de detalles sobre la vida doméstica de Maximiliano y sus servidores.

El trabajo de Blasio está escrito con una parcialidad notoria, favorable a Maximiliano. Quien trató al archiduque tanto tiempo, debió de haberse percatado no sólo de sus virtudes sino de sus grandes defectos, pero fueron sólo las cualidades positivas las que trató de destacar. Los fines que se propuso los cumplió satisfactoriamente.

No quiso hacer investigaciones históricas, sino simplemente evocar el pasado; dar vida a un tropel de recuerdos, reconstruir a su manera un mundo en el que había vivido y que le fue particularmente grato.

Blasio no era un hombre de grandes ideales. Su corazón no vibró para el odio, pero no estuvo al servicio de un designio excelso. Fue un cortesano que en estilo claro, sencillo y ameno trató de expresar lo que sentía. Escribió dominado por un deber de gratitud hacia quien le ha de haber colmado de consideraciones y favores:

Me había propuesto, como antes dije, no hacer de este libro, un libro de polémica, ni resucitar pasiones; pero creo que mi deber de hombre agradecido me obliga a dar a conocer cuanto esté a mi alcance para impedir que se mancille la memoria del soberano.¹

Si en general Blasio supo sustraerse al odio, en más de un pasaje no pudo ocultar su desdén hacia los republicanos, a quienes aplicó adjetivos no siempre justos. Partidario ante todo de Maximiliano, fue muy superficial en su juicio sobre algunos conservadores.

¹ José Luis Blasio. *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de su secretario particular*. Bouret, París-México, p. 438.